

# UNA NUEVA NOVELA DE RIBEYRO

1204  
EC 4-VII-65 P. 8

Sin duda, todo libro es un libro menos dentro del autor antes que un libro más en su ficha bibliográfica. Y seguramente son algunos títulos claves de una obra los que con mayor evidencia constituyen esa abjuración de la propia vida interior, ese holocausto de memorias gratas y crueles que pesan tanto en el recuerdo cuanto en el ser todo, y q' además son, al mismo tiempo, pesadilla y conciencia desesperadamente entremezcladas. Por eso la literatura, entre muchas otras cosas, puede ser considerada como una recreación que el escritor hace de sí mismo, como una corrección ideal de los propios trazos existenciales, y en cualquier caso un buen lector es aquel que hace suyos, por la vía del verbo por la que tiene acceso al mundo personal del autor, los avatares de una crisis ajena. **Los geniecillos dominicales** de Julio Ramón Ribeyro (Premio "Expreso" de Novela, Populibros Peruanos, Lima 1965) parece ser, ante todo, un acto de liberación de ciertos aséoiantes fantasmas alojados en el sueño y la vigilia de nuestro novelista, a los cuales ha sometido aquí a una prueba objetivación confesional similar a la que propone el método psicoanalítico.

Ribeyro, en quien la expe-

riencia personal se atesora mediante una sensibilidad ávida que capta los rasgos más dramáticos de cada acontecer de su vida, ha desplegado en **Los geniecillos dominicales** una obsesiva intimidad profundamente ligada al período de su adolescencia y su primera juventud, pero a diferencia de **Crónica de San Gabriel** y de sus magníficos relatos cortos, parte del material de los hechos esta vez elegidos ha permanecido resistente e impasible al trabajo literario, como si lo que es real remembranza no se hubiera integrado, confundido, unificado, con aquello que es fruto de la imaginación. En cada caso, el crítico prolijo podría trazar la línea que separa lo auto-biográfico de lo imaginado, menos porque el relieve de ambas parcelas es diferente que por la circunstancia de que la costura es visible precisamente porque es eso: costura. Y dicha frontera es más perceptible cuando la novela se inclina al desenlace y éste se resuelve derivando al vórtice del crimen.

Pero en el otro campo, en el campo en que el autor reconstruye el área espiritual económica, social, física, de la clase media declinante, Ribeyro obtiene líneas que son características de su poder narrativo:

Ludo, solitario y melancólico muchacho, que hierve íntimamente en conflicto con el medio, que alienta una riqueza de fantasía y amor en contraste con la pobreza y el lujo vanos con los que choca, que se deja arrastrar por la corriente de lo gris cotidiano o la remonta cor: el desorden, retrata excepcionalmente bien al joven que espera el milagro de la libertad de ser tal cual es y no como los demás quieren que sea. El estilo del escritor no requiere, para revelarnos esa pasión en conflicto, de recursos extraordinarios: el don de la narración, que emplea imágenes y metáforas eficaces a la sola enunciación, fluye en él sin que el esfuerzo, si lo hay, se advierta. Donde esta facilidad se resiente es cuando el cuadro se altera, cuando acude a la aventura violenta de bajo fondo, cuando la anécdota de que se sirve se adivina borrosa y lejana. Entonces, el artificio queda al descubierto.

Es probable que Ribeyro tuviera necesidad —si, como piensa este comentarista, la novela aludida es un holocausto liberador— de escribir **Los geniecillos dominicales**. En este sentido, este libro es un hito en su carrera literaria asumida, desde hace años, plenamente. Pero él, en verdad, no añade



por  
Sebastián  
Salazar  
Bondy

rada a su obra anterior, en la cual, aparte de **Crónica de San Gabriel**, se cuentan los relatos de **Los gallinazos sin plumas**, de singular excelencia; los **Cuentos de circunstancias**, varia y rica invención; **Las botellas y los hombres**, de fuerza en algunos casos excepcional, y las **Tres historias sublevantes**, la primera de las cuales (**En el acantilado**), es una "nouvelle" de notable calidad. A partir de este nuevo libro, es probable que el escritor descubra en su mundo las nuevas perspectivas que hacen de cada escritor el infinito prisma que merced a las mismas luces refleja diversas realidades implicadas. Si se considerara **Los geniecillos dominicales** como un libro menos dentro del autor, su creación y su publicación están justificadas.

(En la edición hay que lamentar una gruesa errata: las páginas 170, 171 y 172 repiten las 164, 165 y 166, lo que no parece falla de compaginación, ya que la foliación es diferente, sino de tira. Esta errata hurta un episodio —la de la vuelta de Ludo a Estrella— y rompe el ritmo del relato poniendo al lector ante sucesos consumados. Ojalá este defecto de impresión haya sido enmendado oportunamente y no aparezca sino en el ejemplar que le ha tocado al cronista).